

Conferencia pronunciada el año 2010 en el Ateneo de Madrid, en el **homenaje a Manuel Lizcano**, en el que intervinieron además José Luis Abellan, Diego Gracia, Alonso Baquer y José Deniz. Este texto ampliado sirvió para mi ensayo en la obra colectiva sobre Manuel Lizcano, en la que colaboraron profesores en Filosofía y Sociología y que editó la Universidad a Distancia al año siguiente.

En la conferencia y el ensayo evoco los paralelismos, consonancias y disonancias en los 57 años de Manolo Lizcano y yo amistad. Recuerdo a sus amigos, - Diego Abad de Santillan, Enrique Couceiro, Juan Velarde Fuertes, Gustavo Gutierrez y Adolfo Muñoz Alonso entre otros – y mis amigos de juventud -Anibal D’Angelo, Carlos Martínez Rivas, Walter Beneke, Jorge Siles, Miguel Sanchez Mazas (hijo) , Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre – a mis compañeros José María Rosa, Enrique Oliva, Manolo Buzeta y el “Gordo” José León Suarez- , a mis maestros y también amigos Jorge Abelardo Ramos, Anibal Abadía Aicar y Helio Jaguaribe, así como a líderes, en primer lugar a Juan Domingo Peron y también Luis Herrera Campins, Hernán Siles Zuazo y Hugo Chávez; dirigentes sindicales, como Luis Andrés Edo y Marcelino Camacho y, finalmente amigos comunes de Manolo Lizcano y yo, como José Luis Rubio y su esposa Nieves Pinillos, Tomás Lozano y su esposa Blanca.

Lizcano y yo

Nos conocimos en Santander cuando renacía la Universidad Internacional. Aníbal D’Angelo y yo formábamos parte de los argentinos becados por el Instituto de Cultura Hispánica, junto con los nicaragüenses Julio Ycaza Tigerino y Carlos Martínez Rivas, los salvadoreños Ernesto Trigueros y Walter Beneke, el ecuatoriano Jorge Mencías y el boliviano Jorge Siles. Cito estos nombres porque fueron amigos o conocidos de Lizcano. Serían después grandes poetas, ensayistas, diputados, embajadores y ministros; uno fue asesinado por la guerrilla revolucionaria, otro sacerdote tercermundista.

En el curso de Problemas Contemporáneos había una sección llamada Dirigentes Sociales, una iniciativa de don Angel Herrera Oria, que era obispo de Málaga, en la que Manuel Lizcano tenía un papel destacado ya que fue quien había propuesto los nombres de los dirigentes obreros que seguían aquel curso.

Al atardecer o por las noches nos reuníamos a conversar en el patio o en la explanada del seminario de Monte Corbán, donde comenzaba la Universidad su nueva andadura. Allí escuche más de una vez a aquellos obreros, serían una veintena, que en un lenguaje directo y rudo, contaban historias de sus luchas en los años de la República y sus sufrimientos y esperanzas en los que siguieron.

Lizcano era el alma de aquel grupo; sus juicios y análisis me resultaban distintos a los que oía en la Universidad .

De regreso a Madrid volví a encontrarme con Manolo en la tertulia de Gambrinus, con unos jóvenes como yo a los que el padre Llanos estaba empeñado en convertir en mitad monjes y mitad soldados: Carlos París, José González Estéfani, José Luis Rubio, Miguel Sánchez Mazas (hijo). En la tertulia del café El Comercial hice amistad con Alfonso Sastre, Ignacio Aldecoa y Carmen Martín Gaité. Dos tertulias distintas y en las que no todos tenían ideas plenamente homogéneas. Unos habían sido cautivados por José Antonio (no había más José Antonio que el fundador de la Falange), otros se movían en el ámbito de la Acción Católica y otros tenían una clara vocación literaria. Pero todos ellos coincidían en una posición crítica respecto del régimen de Franco, y tenían una común preocupación social, aunque desde distintos ángulos, marcados por el ambiente e historia familiar, tres posiciones que yo veía encarnadas en Miguel Sánchez Mazas, Manolo Lizcano, e Ignacio Aldecoa . También recuerdo las reuniones en la Asociación Cultural Iberoamericana, que entonces funcionaba en un chalet de la calle de Pinar que luego sería sede del Club Internacional de Prensa. Allí Alfonso Sastre nos traducía y leía “Le Diable et le bon Dieu” de Sartre y otra en que Manolo Lizcano nos daba profesoriales charlas sobre “El manifiesto comunista”. Eso sucedía – lo preciso para los apasionados de la memoria histórica, en 1948.

Aquel año volví a Buenos Aires y en los siguientes recibí regularmente cartas de Manolo en las que me contaba como iban profundizándose los sueños de unidad iberoamericana que compartíamos. Él me enviaba sus artículos en el semanario “Signo” y en la revista “Más” de las Hermandades del Trabajo y yo le respondía diciéndole que había hecho amistad con Jorge Abelardo Ramos, que me había deslumbrado con su “América Latina, un país”, y que trataba al uruguayo Anibal Abadie Aicardi y del brasileño Helio Jaguaribe, que serían mis maestros de aquel ideal de la Patria Grande.

En la década de 1955 a 1965 me había transformado en un periodista especializado en asuntos iberoamericanos, viajado por casi todos los países de Suramerica y el Caribe y conocido, a partir de 1960, a Juan Domingo Perón, a quien visitaba regularmente, dos o tres veces al mes. Mientras Manolo se había convertido en un sociólogo y cuando nos reuníamos en el café Lyon me hablaba con entusiasmo y devoción de Xavier Zubiri y de los cursos privados que daba los jueves. “Escuchándolo he aprendido mas que en años de asistencia a los cursos en la Universidad- me decía -. Zubiri hace tabula rasa de todo lo superfluo aprendido con anterioridad, por lo que me considero su discípulo”. Fue por entonces cuando Lizcano participó en la creación del Frente de Liberación Popular, el “Felipe”, la primera de sus experiencias políticas que le

dejaron profundas huellas y heridas. De entonces conservo dos libros que me regaló: “El catolicismo español”, colección de ensayos dirigida y realizada por García Escudero, en la que hay uno de Manolo, “Psicología del catolicismo español” y otro una historia del sindicalismo obrero español, y él escribió y fue publicada por el Servicio Universitario del Trabajo, SUT. También las encuestas que hicieron él y Couceiro, para un ensayo que escribieron juntos, “La política educacional en España”, aparecida en el primer tomo de “El Nuevo Estado Español”. Esos libros son el retrato de un país que iniciaba un gran cambio, y que a mi me fueron útiles para algunos de los artículos que escribía para el diario El Nacional y la revista Primera Plana .

Manolo gozaba del apoyo y protección de Adolfo Muñoz Alonso y es así como pudo realizar las encuestas antes mencionadas y sacar adelante la revista “Comunidades” y los “Anuarios de Sociología de los Pueblos Hispánicos”.

En un viaje que hizo a Argentina – creo que el único – conoció a Diego Abad de Santillan, con quien yo había conversado varias veces cuando era dirigente de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) Abad de Santillan le hizo su análisis e interpretación de la guerra civil española, las colectivizaciones en Cataluña y Aragón y las causas por las cuales los revolucionarios republicanos habían perdido la guerra y a partir de entonces establecieron ambos una estrecha relación que solo concluiría en 1977, cuando el líder anarquista murió poco después de volver del exilio.

Como otras veces Manolo y yo veíamos los hechos y las personas desde distintas orillas, él desde la española, yo desde la argentina. El océano no nos separaba sino que nos fundía en un común ideal. Yo lo expresaba como Nuestra América o la Patria Grande, él me hablaba de Indoamérica, tras haber conocido en Lima a Carlos Delgado, cerebro de la revolución de Velasco Alvarado y reencontrado a Gustavo Gutiérrez, fundador de la Teología del Tercer Mundo, su amigo desde el tiempo que vivieron juntos en París.

De ese tiempo tengo una foto tomada en junio de 1967 en la despedida que se hizo en ISDIBER al sociólogo Alberto Francés, profesor en la Universidad Católica de Washington. Aparecen Manolo y su esposa, María Jesús, junto con dos argentinos Tito Covian, que era profesor en la Universidad de Campinas y el “Gordo” José León Suarez, un íntimo amigo mío, exiliado en España desde 1958. Si, ya había entonces exiliados. Los primeros fueron argentinos, no solo Perón, sino también otros argentinos de la “Resistencia peronista”, mis íntimos amigos José María Rosa, Enrique Oliva, Manolo Buzeta y el “Gordo” Suarez, que nos reuníamos en el café Fuyuma. También había exiliados peruanos, venezolanos, cubanos y palestinos que frecuentaban ese y otros cafés y daban trabajo a los confidentes y policías del régimen. Algun día debería escribirse sobre todos esos exiliados y sus actividades; será cuando se

permita el acceso a los archivos de la Policía y de Asuntos Exteriores, que son de los más cerrados del mundo.

Por entonces Manolo tomó una iniciativa socio-política audaz y ambiciosa. Fue el intento de incorporar a los sindicatos verticales que dirigía el ministro José Solís, a los cuadros y hombres de la CNT que habían logrado sobrevivir a las operaciones de la policía franquista. Manolo había establecido relación con Lorenzo Iñigo, entonces secretario general de la central obrera y en las conversaciones con éste, Francisco Royano, Fulgencio Sañudo y otros dirigentes surgieron numerosas coincidencias entre el pensamiento cristiano y comunero de Lizcano y los cenetistas. Manolo y Lorenzo Iñigo estaban de acuerdo en que era preciso evitar que el partido comunista copara a través de Comisiones Obreras la gigantesca estructura de los sindicatos verticales; presentían que el final del régimen estaba próximo y que la Organización Sindical debería y podría ser un factor muy importante en el establecimiento de la democracia en España. Las conversaciones se enmarcaban en un debate teórico sobre los Cinco Puntos, de la Carta de Amiens de 1906.

En esa época yo era corresponsal de la Agencia France Presse en Madrid y uno de los tres o cuatro periodistas extranjeros que estábamos en contacto con los grupos políticos y sindicales que actuaban en la clandestinidad sobre todo con los comunistas y en mi caso – además – con los anarquistas. Algunos anarquistas venidos de Francia, como Luis Andrés Edo, se movían en la más estricta clandestinidad y estaban enfrentados con el proyecto “cincopuntista”, empleando para conseguir que no prosperase el secuestro de Mons. Ussia y comunicados que alcanzaron resonancia internacional, de los que yo tenía la exclusividad periodística. De ahí que en ese tiempo, cuando Manuel Lizcano me hablaba de las “conversaciones cincopuntistas”, yo lo escuchaba con un cierto distanciamiento profesional y la impresión de que era imposible que saliera adelante el objetivo que se había propuesto: tenía enfrente a los burócratas de la Organización Sindical apoltronados en sus despachos, a los comunistas que por medio de las Comisiones Obreras, clandestinas, estaban logrando infiltrarse en los mandos intermedios, electos, los enlaces y vocales de los sindicatos verticales, y a los anarquistas que consideraban a Iñigo como un traidor y a Manolo como un agente franquista. Así fracasó el segundo gran intento socio-político de Lizcano.

En 1970 Manolo publicó “Los sindicatos y la revolución española” por lo que fue cesado en el Instituto de Estudios Sindicales, víctima del enfrentamiento que existe en la cúspide de la Organización Sindical entre quienes querían

proseguir la política aperturista y los partidarios de la línea dura. Por entonces yo renuncié a la Agencia France Presse y al tiempo que seguía siendo corresponsal del diario France Soir y colaborador de Le Monde, me convertí en pasé a ser corresponsal de las revistas argentinas Panorama y Siete Días. Para los dos significó un cambio nada fácil y el inicio de una nueva etapa.

Manolo pasó entonces a dedicarse por entero al Instituto de Sociología y Desarrollo del Area Ibérica, ISDIBER, contando con el apoyo de su poderoso amigo Muñoz Alonso. El ISDIBER creado en 1969, hundía sus raíces en la Escuela Ibérica de Sociología y Desarrollo, constituida en 1966, en la que se habían graduado unos ochenta alumnos en los tres cursos, una gran parte de ellos hispanoamericanos. Se calcula que en 1970 había en España más de 15.000 estudiantes iberoamericanos, lo que pone de manifiesto el papel que representaba entonces la Universidad española en la formación de cuadros de científicos, técnicos y profesionales de Iberoamérica. El documento por el que el ministerio de Educación y Ciencia reconoce la existencia del ISDIBER como “centro privado de enseñanza superior e investigación” responde a la “necesidad de promover instrumentos docentes y de investigación adecuados al fin de que la cooperación técnica y científica entre los países de nuestra cultura alcance un grado suficiente de madurez y eficacia”.

Durante el primer lustro de los 70 frecuenté la sede del Instituto, en la calle Fernandez de la Hoz, encontrándome con Lizcano, su director, y con profesores amigos que allí daban clases y colaboraban en el Anuario de Sociología de los Pueblos Ibéricos: Enrique Couceiro, Jesús Moneo, José Bugada, Juan Velarde, Emilio Figueroa, el cubano Claudio Escarpenter y el chileno Hernan Godoy. Fue allí donde conocí al alumno Alán García, que luego fue presidente del Perú.

En esa época yo hacía tres o cuatro viajes anuales a América, y Manolo también frecuentaba el continente. Conservo dos fotos tuyas en Bogotá en 1973, donde había ido al primer Foro de Integración y Desarrollo Iberoamericano. Cuando nos reencontrábamos en Madrid, en su despacho o en la redacción de “Índice”, revista en la que él y yo colaborábamos, teníamos mucho que contarnos. Manolo, que era uno de los españoles que antes, entonces y luego siguieron de cerca la agitada vida de los pueblos de América en su lucha por la libertad y la justicia, se mostraba ávido de saber lo que yo podía decirle del coronel panameño Torrijos y del general boliviano Ovando y se asombraba cuando yo le daba precisos detalles del discreto viaje del candidato chileno Salvador Allende a Madrid, para constituir una empresa hispano-chileno-cubana, mediante la cual que canalizó la ayuda financiera de Fidel Castro para su campaña electoral, y también la entrevista que había tenido en Puerta de Hierro con Perón, en la que convinieron su política conjunta para cuando poco después estuvieran en el poder.

Manolo me hablaba con pasión del Encuentro del Escorial, que reunió en 1972 a teólogos europeos e iberoamericanos, del “compromiso de los pobres

con la Iglesia” y del papel de los cristianos en el proceso de liberación mundial, temas de interminables charlas con Gustavo Gutierrez, alojado en su casa de Columela. Por mi parte yo le contaba de las que había tenido en Buenos Aires con el padre Mugica – cura peronista y tercermundista - meses antes de su asesinato, y de las guerrillas en El Salvador, Guatemala y Honduras. ¿Crees que ellos se inspiran en las bases comunitarias indígenas?, me preguntaba Manolo. Estabamos llenos de vitalidad y pensando que tocábamos los lindes de nuestra utopía iberoamericana. En septiembre de 1975 Manolo organizó y se celebró en La Rabida el II Foro de Integración y Desarrollo Iberoamericano, con el tema “Crisis del Estado en la sociedad iberoamericana. Diagnostico y prospectiva”. Me invitó a participar, pero no me fue posible: el régimen de Franco se extinguía y el mundo informativo tenía puestos sus ojos en España. Mis diarios y revistas franceses y argentinos me apremiaban queriendo saber qué iba a suceder cuando muriera. El príncipe Juan Carlos, recibía sin descanso a jefes militares, empresarios, políticos e intelectuales – entre ellos Manolo -, ante la inminencia del “cumplimiento de las disposiciones sucesorias”, previstas por Franco desde hacía tiempo, cuando decidió que con el joven Borbón se iniciaría una nueva dinastía. Tuve que quedarme en Madrid.

Al año siguiente, a su regreso de un viaje a Nicaragua, me contó con amargura que algunos de sus amigos “gentes mezquinas, que han medrado y vivido siempre junto al poder, me dan la espalda, queriendo hacerse olvidar de cuanto ha significado su pasado y ser aceptados por los que ahora están llegando”.

El ISDIBER sobrevivió- mas bien agonizó - hasta 1983, pero ya eran otros los organismos y nuevos institutos que iban surgiendo y recibían ayuda del Estado. Mientras, él vivió un tiempo la angustia de que “podrían haberme metido en la cárcel por deudas”. Ese año murieron Zubiri, su maestro y Abad de Santillan, su amigo.

El final del Instituto lo liberó e hizo posible que se dedicara en su casa a una fecunda tarea creativa, de la que son muestra una larga docena de obras todas ellas publicadas, y de su “opera magna”, “Tiempo del sobrenombre”, en la que trabajaba con entusiasmo juvenil. Todo eso sin contar ensayos para Cuadernos de Estrategia, editados por el Instituto Español de Estudios Estratégicos, dependiente del ministerio de Defensa, seminario en el que participaba activamente lo mismo que en la Fundación Zubiri.

Un día, Nieves Pinillos, la esposa de José Luis Rubio, uno de los más queridos amigos comunes, nos propuso a Michelle y a mi incorporarnos a los viajes por distintas regiones españolas que dos veces al año, por primavera y en otoño, hacían ellos con Manuel Lizcano y María Jesús, el embajador Tomás Lozano y su esposa Blanca. El verbo cálido y vital de Nieves es irresistible y la oferta era atractiva y llegaba en el momento justo. Aceptamos y eso significó

entre otras muchas gratificaciones el reencuentro con Manolo, el más pleno, el definitivo. El que marcaría mi vida espiritual.

En la primera de esas excursiones por Extremadura, el año 1997, tuvimos ocasión de hablar largo tiempo a solas mientras recorríamos las calles e iglesias de Mérida, Zafra, Fregenal de la Sierra y Olivenza, husmeábamos en librerías de viejo y tomábamos al acabar la jornada lo que Manolo llamaba monacalmente “la colación o el lacticinio”. En el camino hicimos balance de los últimos años y pusimos al día lo que siempre fueron los ideales y preocupaciones que nos unían: el destino común de España e Iberoamérica y la inquietud religiosa.

Manolo me habló una mañana de la guerra civil como “un pueblo en armas escindido en dos mitades: el *pueblo comunal* que pretendía una revolución social, y el que encarnaba al nacionalismo agrario y el “cristianismo popular”, mitades que estaban llamados fundirse un día en una identidad sustancial largamente buscada”. Al día siguiente me expuso su idea del ser español como comunidad histórica que hundía sus raíces en “la sociedad comunera de los siglos XI al XV y la mística del XVI, siglos a los que había seguido la decadencia y la pérdida de la conciencia histórica común”. En otra charla, mientras el coche atravesaba las fértiles llanuras entre el Tajo y el Guadiana, se explayó en los tres modelos de sociedad, el burgués, (anglosajón), el colectivista estatal (eslavo) y el comunitarista hispánico. O sobre el “feliz y ejemplar mestizaje español, fusión de los bereberes y árabes con la población peninsular”. Hablaba con rigor y pasión abriendo interrogantes en mis esquemas e ideas.

En algunos puntos, como ese “feliz mestizaje” peninsular, yo ponía serias reservas, recordándole la opinión que existe respecto de los 700.000 gitanos, que viven en España desde la Edad Media, por no hablar de la xenofobia que empezaba a gestarse con la llegada de inmigrantes norteafricanos.

Cuando disentíamos – y eso sucedía más de una vez –aparcábamos la cuestión durante un tiempo. Esa práctica la había introducido Manolo y no obedecía a motivos de prudencia o educación, sino de respeto al otro y a las razones que tenía y podía tener.

En los años siguientes hicimos otros viajes semejantes, a la sierra de Gata y la comarca de las Hurdes, el norte de Palencia, el románico soriano. Recuerdo a Manolo hablándome de “la existencia de Dios como fundamento de todo lo comunal”, y de la “sociedad mancomunada de hombres libres, frente a la visión economicista y masificadora”.

Adoptamos la costumbre de seguir nuestros diálogos conversando largamente por teléfono una vez a la semana y reuniéndonos una vez al mes en una cafetería de la calle Goya o de Arguelles. Él me entregaba las páginas que iba escribiendo de “Tiempo del sobrenombre”. Yo llevaba notas tomadas de las páginas de la vez anterior, interrogantes y notas que necesitaba para comprender los conceptos filosóficos y espirituales vertidos en ellas. A él le interesaba lo

que yo le contaba del brasileño Lula, el venezolano Chávez, los progresos del Mercosur o la creación de la Unión Sudamericana.

Ya he dicho que desde 1977 yo estaba deslumbrado por la penetración y hondura de su pensamiento cristiano. Me llamaba la atención el modo en que vivía su fe cristiana, él diría “en Jesús” lo que para él significaba la Eucaristía. Si, Lizcano fue siempre y por encima de todo un cristiano, y lo fue mas que nunca en sus últimos años, en lo que llamaban “el invierno de mi vida”. Cristiano era su talante, entendido como disposición personal, manera de abordar y llevar a cabo las cosas, su disposición, su ánimo.

Cómo olvidar cuando me hizo la confidencia de que “Alguien se complace en acompasarse conmigo, con nosotros, con nuestra actividad libre, mientras vamos haciendo a nuestro modo lo soñado enamoradamente por El”, o cuando me confesó que un día “descubrió que alguien me había concebido y cargaba con mi yugo, se había cruzado definitivamente en mi camino para brindarme poner cierre al enigmático circulo de amor que sobrehumana nuestra existencia, simplemente con hacerme cargo a mi vez del dulce peso suyo”.

Para concluir: Manuel Lizcano fue un hidalgo afable y generoso, discreto en el hablar y el obrar. Un cristiano unamuniano hasta sus tuétanos, fiel a su esposa, buscador de la verdad y constante defensor de la justicia social.